

La tinta y la espada. Jiménez de Quesada, el renacentista

Miguel Manrique

Afortunadamente, Gonzalo Jiménez de Quesada es un conquistador poco conocido y, por lo tanto, no entra a formar parte de la ligereza conceptual con la que son tratados nombres como Francisco Pizarro o Hernán Cortés. Víctimas éstos de la famosa *Leyenda Negra*, adjudicada su autoría a franceses e ingleses, pero más cultivada por la debilidad intelectual de muchos españoles de hoy en día. La anomalía falsamente progresista que recae sobre la obra de España en América, no mancha el nombre del Adelantado, Mariscal o Licenciado, como se conoce al fundador de Santafé de Bogotá. No obstante, si tan pronto como se mencione el carácter de Jiménez en tanto conquistador y una pátina criminal pueda caer sobre el personaje, inmeditamente hay que «salvarlo» proclamando de él su papel como cronista de Indias, en igualdad de condiciones con Ercilla y Zúñiga o Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Aquí es Jiménez el de la mala suerte, digámosle así, pues toda su obra como tal cronista se ha perdido por diversas vicisitudes, sabiéndose de ella por referencias de otros autores. Su formación le fue proporcionada por su padre, un judeoconverso que entró en Granada con las tropas de los Reyes Católicos.

El interés por la figura del Adelantado toma el primer cariz ya que los judíos tenían prohibido pasar a las Indias, por temor a que los naturales se «contaminaran» de Talmud. Fue mucha la habilidad que tuvo que emplear para esconder este hecho, por el que sufrió un amago de proceso. Ya fundada Santafé, uno de los primeros colonizadores, descontento en el reparto de un botín, lo acusó de judío y de plasmar semejante condición hasta en aspectos rituales de la fundación. La hoy capital de Colombia tuvo su núcleo en doce cabañas que representaban a los tantos Apóstoles. Para el rencoroso, aquello era una imagen de las tribus de Israel; agregaba la aversión que sentía Jiménez por el cerdo y hasta ciertas velas que encendía los viernes al ponerse el Sol. Todo esto, falso o verdadero, sirvió para incoar un expediente que tuvo el

visto de la Inquisición en Cartagena de Indias, cruzó el Atlántico y acabó muriendo en la burocracia del Santo Oficio de Valladolid que no encontró forma de probar semejantes «crímenes».

Gonzalo Jiménez de Quesada nace probablemente en Córdoba, sin nos atenemos a la edad que se le adjudicó en el momento de su muerte: 90 años. Exagerada, para los tiempos que corrían. En todo caso, no es posible que viniera al mundo en Granada, pues si fallece con esos años, y en 1579, no lo habría hecho en la capital de los nazaríes, pues la ciudad fue conquistada en 1492. La fecha habría que situarla en 1489 ó 1490, cuando aún su familia residía en Córdoba y su padre, también de nombre Gonzalo, se presenta ante la historia de la misma forma en que lo haría el hijo: como un renacentista que combinaba pluma con espada, libros con hierro en el campo de batalla.

Pero en el caso del progenitor, el área fue la de las leyes, y lo que hoy llamaríamos derecho comparado. Una vez tomada Granada, hay que organizar la vida de la nueva posesión castellana conforme a los usos y costumbres de esta Corona. Aunque fuera una empresa conjunta con Aragón y Navarra, la vecindad, la común historia de invasiones y sojuzgamientos tributarios mutuos, hicieron que los nuevos territorios sólo reconocieran a Isabel como señora. El *Tanto monta*, sólo se quedó en este caso en mera formalidad. Gonzalo Jiménez padre fue nombrado juez de moriscos, por su conocimiento del derecho musulmán. En la Cancillería lo fue compilando con la abultada y caótica legislación castellana, procedente de los derechos romano, visigodo y propio del Estado que poco a poco, y desde don Pelayo, se fue apoderando de buena parte de la Península ibérica. El juez Jiménez examinaba el funcionamiento de las instituciones procedentes del Corán y secularizadas por los ulemas, comprobando hasta qué punto tenían una implantación definitiva en la vida granadina. Hay que tener en cuenta que el *Corpus* jurídico musulmán, debido al origen religioso que tenía, no era de una raigambre tan fuerte como el derecho que ya existía en Granada –y en toda Hispania– a la llegada de las tropas de Tarik en el 711. En Granada, una vez constituida como reino por los nazaríes en el siglo XI, las relaciones jurídicas que prevalecieron fueron las emanadas del *Liber Iudiciorum* de Recesvinto. De manera que el trabajo del juez Jiménez no fue tan arduo como cabría imaginar.

No obstante, sirvió de universidad *in situ* al joven Gonzalo que, como copista de su padre, se impregnó de rectitud jurídica. La misma que se reflejaría en el devenir de la ciudad y de todo el Nuevo Reino

de Granada, la actual Colombia. A lo mejor este celo iría a ser la causa de, andando los siglos, la excesiva legalidad que padece la vida colombiana, paralizando en mucho el funcionamiento de la administración como de la sociedad misma. Origen de la corrupción, uno de los tantos cánceres que padece la nación contemporánea.

Al margen de la formación jurídica, Gonzalo iba haciéndose con el oficio de escritor, poniendo negro sobre blanco no sólo nuevas disposiciones, sino afinando el estilo y la precisión. También el trabajo de fundar, de crear nueva ciudad y nuevo país se presentaba ante sus ojos, en lo urbanístico y arquitectónico, al compás de lo religioso. Se transformaban mezquitas y sinagogas en iglesias, y se edificaban conventos y seminarios; calles y plazas obedecían rápidamente al modelo castellano, pues los mercados y ferias se multiplicaron al poder los comerciantes circular y acceder sin las restricciones aduaneras de antes.

Pero tanto orden burocrático aburría al joven Gonzalo. A su familia no sólo se le perdonaba el origen judío, sino que la eficacia de su padre le granjeó una buena posición; mas para él no era suficiente. El ardor guerrero pronto le hizo el llamado aún medieval de la época que prometía gloria y botín, lo que en ese momento estaba en las llamadas guerras de Italia. Aunque desde el siglo XIII todo el Sur de esta península era posesión española, debido a la toma por Pedro III de Aragón de los reinos de Nápoles y Sicilia, dicha propiedad no había sido desde entonces pacífica. Mucho menos ahora que a todo eso se ha añadido Milán y gran parte de la Lombardía, y que Francisco I de Francia está dispuesto a arrebatárselo al Habsburgo español.

Jiménez de Quesada logró botín, pero sólo después de tomar la Ciudad Eterna, como soldado del Condestable de Borbón, en el famoso *Sacco di Roma* de 1527. El Papa Clemente VII había incumplido tantos compromisos con Carlos I, lo había traicionado de tal manera, que la única solución era irlo a buscar a su sagrada sede para darle su merecido.

Para Jiménez este sonado hecho de armas significó inscribir su nombre en una de las altas empresas de la época, pero también el convencimiento de que podía servir al rey en esa nueva España que se estaba forjando allende el Mar Tenebroso. Rico y experto guerrero, regresa a Granada donde la posición de su padre no ha variado lo que pudo serle útil para solicitar su paso a las Indias. No era fácil embarcarse para lo que hoy se llama América. Gonzalo tuvo que hacer valer su prestigio de mercenario triunfador en el *Sacco di Roma*. Los certi-

ficados de limpieza de sangre los tendría bien falsificados; o no se los exigieron, porque nadie asociaría a los Jiménez ya granadinos con *el pueblo escogido*. El futuro Adelantado se marcha a Sevilla y allí encuentra empleo en la expedición que estaba armando Pedro Fernández de Lugo rumbo a la Nueva Andalucía, en la región norte del subcontinente suramericano.

Si antes el personaje no se ha citado con la historia, este es el momento o por lo menos el más importante. Fernández de Lugo, como gobernador de Santa Marta —la fundación más antigua de Colombia— quiere competir con la pujante Cartagena que desde entonces iba reuniendo los méritos que algún día la convertirían en el primer puerto español en América. Los indios del Caribe aseguraban que el oro que poseían venía de tierra adentro, de lugares remotos que no sabían explicar muy bien, y no sólo por la dificultad lingüística. Fernández de Lugo intuyó que la vía de agua que proporcionaba el río de La Magdalena, era el camino que traía el oro. También deseaba saber dónde nacía tan poderosa corriente que a los españoles, acostumbrados a los raquíticos ríos peninsulares, les resultaba algo verdaderamente increíble. El gobernador nombró a Jiménez de Quesada capitán de la expedición con un encargo añadido: el de fundar una ciudad con el nombre de Santa Fe. Obedecía al mandato de Isabel de Castilla, cuando en 1493 se cumplió un año de la toma de Granada, de que se fundaran pueblos y ciudades con este nombre en las Indias recién descubiertas. Santa Fe, hoy un próspero pueblo a unos 10 kilómetros de la ciudad, fue la base que montaron los Reyes Católicos para la toma del último bastión musulmán; y donde esperó la reina sin bañarse ni cambiarse de ropa...

Después de dos años no sólo de las penurias imaginables, llegaron a una planicie de 72 kilómetros de largo por 32 de ancho, fresca, de clima otoñal, y de una fertilidad desmesurada. Jiménez, desde que empezó a remontarla, hasta alcanzar sus 2.650 metros de altura, lo emparentó todo con las montañas y sierras de la Granada originaria. No le cupo ninguna duda de cómo bautizaría a los nuevos territorios ni, mucho menos, que repetiría a toda Andalucía. La Colombia de hoy es un país arquitectónicamente andaluz, aunque los estilos francés, inglés y estadounidense se hallen representados. Pero básicamente, la construcción civil colombiana es andaluza: las casas blancas con ventanas y puertas pintadas de verde, balcones «volados», coronadas de tejas rojizas. Casas con antejardín, zaguán, patio y traspatio, en

muchos de los cuales se agazapa una diminuta ermita con una virgen-cita dentro. Un remedo del carmen granadino que aún denuncia la impronta que desde un principio le dio el fundador.

Pero el sello andaluz y el afán urbanístico no son lo más importante en un personaje como Jiménez de Quesada que merece presentarse ante la historia como el renacentista que fue. El «contagio» por los diversos saberes contraídos en la Península y en la Europa que vio como mercenario, lo plasmó en la vida de la fundación a través de escuelas, bibliotecas, cenáculos, donde se discutía de lo divino y de lo humano. Esto último es más que una frase hecha, pues la disertación iba de la teología a profundidades filosóficas desde los orígenes del pensamiento occidental: los presocráticos; Platón y su teoría de las ideas; Aristóteles y las categorías universales, fueron tema de conversación en la naciente Santafé. Lo que nos delata un Jiménez de Quesada dado a la investigación, como también un administrador nato, preocupado hasta por los ínfimos detalles. De esto habla ampliamente el acta de fundación de Santa Fe, (7 de Agosto de 1538) donde se justifican los motivos para que se lleve a cabo y, como vestigio de medievallidad, el fundador reta a fenomenal combate a quien se le oponga a levantar la ciudad. Recorre las filas de soldados españoles e indios montado a caballo y con la espada en lo alto. Una vez que no hay oposición, proclama el nacimiento de la nueva urbe en nombre de un monarca lejano y su colección de títulos: don Carlos I, rey de Castilla, de León, de Aragón, de Navarra, de Toledo, de Sevilla....Y así toda la geografía peninsular y canaria, como también una desquiciada enumeración de señoríos europeos.

Conviene aquí hacer un alto en el camino, para mencionar la crueldad de esta conquista, la toma por los españoles del reino de los muiscas, quienes se encontraban en una guerra civil a la llegada de Jiménez de Quesada. La sucesión en el trono no era de padres a hijos, sino que para coronarse Zipa (rey) era necesario ser el vástago mayor de la hermana mayor del monarca difunto. El soberano actual, Tisquezuza, era un usurpador en conflicto con su sobrino, Zaqueza-Zipa. El desorden, añadido a la inferioridad logística en comparación con las huestes españolas, fue de gran ayuda en la victoria jimenista. Tenemos, pues, un gran escenario de crueldad que desarrollaban los mismos naturales, ellos solos, sin ayuda de nadie. Y no porque fuesen indios, sino porque eran, simplemente, hombres; y el hombre es cruel por naturaleza. Las dos facciones muiscas que se disputaban el trono no lo hacían con

amabilidad ni métodos democráticos, los mismos que no empleó Jiménez de Quesada para abrirse paso a lo largo de más de 1.300 kilómetros que recorrió desde que salió de la costa atlántica en 1536. Fue cruel y despiadado con los nativos, así como lo fue de mercenario durante el *Sacco di Roma*, con enemigos que no eran indios sino europeos como él, y antes lo había sido en la toma de Génova a las órdenes de Juan de Urbina. No hay centímetro cuadrado de los habitados por el hombre en todo el planeta, que no haya sido disputado y/o defendido con crueldad; los indios eran tan crueles con los indios, como los españoles lo eran con los españoles, así como los pigmeos con los pigmeos y los suecos con los suecos. La historia de la humanidad es la historia de su crueldad; después de los crueles han venido los poetas y pintores, los filósofos, los médicos y los astrónomos, artes y ciencias a las que Jiménez de Quesada se dio una vez finalizada la conquista con toda la crueldad necesaria.

Espero que con lo dicho, el lloriqueo falsamente progresista no sólo me perdone a mí, sino al personaje en cuestión; que puestos a echarle imaginación a la crueldad humana, piensen qué habría pasado si la conquista hubiera sido al revés. Es decir, si en vez de salir tres carabelas de Palos de la Frontera en 1492 lo hubieran hecho de cualquier puerto americano; el mismo Guananí, por ejemplo. ¿Qué hubiera sucedido? La respuesta es más que obvia.

Cumplido el mandato de Fernández de Lugo de fundar una ciudad y con el nombre ordenado por Isabel la Católica, el afán urbanístico y arquitectónico ocupa los quehaceres del Licenciado. Se olvida de otro de los propósitos del viaje que era encontrar las fuentes del río Magdalena, pues para ello tendría que volver a la altura de Honda, distante unos 200 kilómetros de Santafé. Son, entonces, el pensamiento, la enseñanza, la medicina, la observación astronómica, las preocupaciones; registrando metodológicamente lo que era una novedad a ojos estacionarios, de cómo en estas nuevas tierras no había primavera, verano, otoño ni invierno, sino que una misma temperatura y luz reinaban todo el año. Se anotaban con precisión a qué horas salía y se ponía el Sol y las fases de la Luna; las estrellas que brillaban por las nuevas latitudes recibían cumplida referencia. Todo ello con el fin de que estas primeras notas sirvieran a los científicos que con seguridad esperaba traer desde el otro lado del mar. También para situar a la nueva tierra con unas coordenadas precisas bajo las cuales solicitar una gobernación aparte, independiente de Santa Marta y no digamos de

Cartagena. La gente fue un capítulo especial en los infolios del Mariscal y Licenciado, pues estudió cuidadosamente sus costumbres, religión y lenguas. Y no para respetarlas, pues nadie respetaba ninguna de estas cosas en aquella época (¡casi no se respeta en ésta!) sino para nutrir el informe y también para ir modificando todo eso en pro de la necesaria castellanización.

Al regresar a Santa Marta, se encuentra con que Fernández de Lugo ha muerto. El nuevo gobernador y la gente que lo rodea, no tienen ni el talento ni la diligencia de don Pedro; sólo les interesan el oro y los esclavos, de lo que ya tienen y que ven aumentado por medio de Jiménez de Quesada. Éste decide que lo mejor es viajar a la Península y así solicitar lo que quiere. Además de dirimir allí el pleito con otros dos conquistadores que llegaron a la Santa Fe ya fundada con el claro propósito de quedársela: Sebastián de Belalcázar y el alemán Nicolás de Federmann. Ambos necesitaban una base para ir en búsqueda del mítico Dorado. El primero por orden de su capitán, Francisco Pizarro; y el segundo porque sus señores, los banqueros Welzer, lo obtendrían en pago por las deudas que el Emperador mantenía con ellos. Que decidiera el Consejo de Castilla o el mismísimo Carlos I.

Jiménez de Quesada cruza el océano, el que ya no fue tan tenebroso como en el viaje de ida. Pero le sirvió de entrenamiento para los años en que tuvo que ir de instancia en instancia y después de país en país, detrás del Emperador para que le permitieran hablar con él. Recomendaciones, súplicas, entrevistas con encumbrados personajes, sobornos y hasta amenazas y coacciones no le sirvieron de nada. Y eso que acudió a donde se celebraban grandes acontecimientos como la famosa Dieta de Ratisbona (Alemania) donde Carlos citó al rebelde Lutero para que se retractara. Ni el rey de todas las Españas logró su propósito, ni el fundador de Santa Fe el suyo.

Con la economía bastante mermada, volvió a España y aquí obtuvo una limosna: se le reconocía el Adelantamiento de todas las tierras por él descubiertas y agregadas a la Corona, pero no una gobernación independiente. De manera que la Nueva Granada quedaba como una dependencia denominada Tierras Altas de Santa Marta. Además, se debía someter al gobierno que ya estaba ejerciendo la Real Audiencia; una confusión muy de la época en la España americana, en la que el poder judicial ejercía de ejecutivo y de legislativo. Aún faltan siglos para Montesquieu. Eso sí, se le reconocían a su fundador todos los honores y pensiones, a descontar del quinto real; o sea, los impuestos.

El hombre de letras que había en Jiménez pudo con lo que para otros habría sido una humillación, digna de rebelión. Pero no. Regresó a su Santa Fe, dispuesto a edificarla tal y como desde joven había visto que se hizo con la Granada arrebatada a Boabdil. A partir de aquí, el cronista de Indias inicia la labor literaria al principio mencionada. Literatura escorada a la ciencia, y que ya había comenzado cuando regresa a la Península en 1539, y presenta ante el Consejo de Indias el informe *Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada*. En él plasma, de forma abreviada (que es lo que significa epítome en latín) toda la empresa que sugiere el título, fruto de las anotaciones que hizo desde que partiera de Santa Marta. De esta obra, como de la mayoría de las de Jiménez, se sabe por las citas y comentarios de otros autores. Pero lo más importante es la combinación de géneros, ese afán por el detalle técnico sin olvidar el estilo literario, acaso influencia del tratamiento aún medieval que se hacía de las materias.

Mucho de *summa* está presente también en otra obra, así mismo perdida, como el *Gran Cuaderno*, el que sirvió de referencia a historiadores posteriores que no tuvieron el cuidado de guardarlo para la posteridad. Pero el servicio que les prestó Jiménez de Quesada fue enorme, dada la minuciosidad de datos tanto de costumbres de los indios como de flora y fauna de las nuevas tierras.

Ya totalmente asentado en la colonia, redacta el *Informe de lo que se debe hacer para el buen gobierno del Nuevo Reino de Granada*. Sobra el análisis. También el imaginar los problemas que le trajo con la todopoderosa e ineficiente Real Audiencia, y con el mismísimo Consejo que no hacía más que mandarle amonestaciones con cuanto visitador enviaba. Menos mal, se guardó la obra y hoy existe en el Archivo de Indias, en Sevilla.

Entre 1560 y 1567 redactaría unos *Anales del Emperador Carlos I*. Especie del «periodista», como se diría hoy, que había en el Licenciado, quien documenta en ellos las idas y venidas de ese rey de tantos territorios y que no sabía cómo meterlos en un solo Estado. De tales *Anales* se sabe por el mismo autor en otro libro que comentaremos: *El Antijovio*, en el que también hay noticias de un trabajo de resonancias cinematográficas para el lector de hoy en día: *Las diferencias de la guerra de los dos mundos*. El mismo Jiménez dice de esta obra que está a punto de concluir, pero de la que no se ha encontrado el mínimo papel. Tal vez perecería en uno de los muchos incendios que sufrieron sus casas y que explican la pérdida de tanto valioso material.

Curiosamente, se conservan las licencias de impresión de una obra dividida en dos partes: *Los Ratos de Suesca*, la que al parecer tuvo problemas con la censura. En ella se hablaba de *materias tocantes a Indias* y donde investigadores como Manuel Ballesteros entrevén que aparecían algunas denuncias poco convenientes en el trato a los indios. Y todo porque ya en la Península había aparecido la *Brevissima Relacion de la destruycion de las Yndias* de Bartolomé de las Casas. Felipe II estaba ojo avizor para que no se airearan ciertas cosas que, con el tiempo, irían a desembocar en la desgraciada *Leyenda Negra*.

La más completa y útil obra histórica, según los autores que se sirvieron de ella, es el *Compendio Historial de las conquistas del Nuevo Reino*. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que es un trabajo de madurez. Hacia 1575, con un fundador escarmentado hacía tiempo por la aventura del falso Dorado, el presupuesto conceptual –científico– era el mejor para emprender una obra como la enunciada, por desgracia también perdida y ésta no en incendios neogranadinos, sino del otro lado del mar, pues hasta en Amberes hay noticias suyas.

Del hijo de conversos –al parecer sinceros– hay testimonio en la obra que podemos definir como *sacra*. Se trata de sermones para que se dijieran en las misas de réquiem por los conquistadores e indios muertos en combate. Hay testimonios de que este *Sermonario* aún se usaba a finales del siglo XVIII.

El único libro completo que se conserva es el *Antijovio*, una contestación a las falsedades y calumnias que, según el autor, se vierten en *La historia General de todas las cosas sucedidas en el mundo en estos 50 años de nuestro tiempo*. Semejante título era el de una obra de un tal Paulo Jovio, obispo de la ciudad italiana de Nochera, enemigo de la ocupación española y del Emperador Carlos en particular. Jiménez de Quesada procede a contradecir lo que para él era una aberración. Lo más importante no es si el Licenciado tenía razón o si la tenía el obispo. Lo digno de resaltar es la minuciosidad del trabajo, el manejo de datos surgidos de anotaciones tomadas en medio de la Europa incendiada en guerras, preservadas en su travesía del Atlántico, en su no menos azarosa desde el Caribe neogranadino hasta las alturas andinas donde fueron cuidadosamente guardadas, para luego ser cotejadas con la obra de Jovio que alguien le trajo a Jiménez. Este intenso trabajo intelectual, y a veces poético, es el que mejor define al personaje como el renacentista puro que fue. Un guerrero que supo aparcar la espada y tomar la pluma; que se licenció de los combates y se encerró en su

gabinete de escritor, el que no sería en muchas ocasiones más que una casucha de cañas y palmas, expuesta al frío sabanero o al calor de las tierras bajas. Murió devorado por la lepra y el asma a una edad inverosímil para la época –90 años– y la vida que tuvo. Un hombre de letras, como otros tantos conquistadores y fundadores, que pone en su sitio una gesta tan irresponsablemente tratada.



Martín Rejtman: *Silvia Prieto* (1998)